Las partidas que nadie perdió

Por Shyvirelle

Héctor llevaba doce años cuidando la biblioteca del Club de Ajedrez del Puente y jamás había visto tantas copas juntas. Las habían colocado sobre una mesa de fieltro verde, ordenadas por tamaño, para el homenaje del sábado. Siete llevaban el mismo nombre grabado: Clemente Rivas. El octavo trofeo aún estaba en la tienda.

—No sabía que don Clemente había ganado tanto —dijo la encargada del salón.

—Yo tampoco —respondió Héctor.

El club quería celebrar los ochenta años del antiguo socio, que enseñaba a jugar sin cobrar a cualquiera que llegara con un tablero de cartón. Héctor debía preparar una pequeña exposición: fotografías, planillas de partidas y la lista de campeonatos internos. Todo iba bien hasta que encontró una fecha imposible.

Según la carpeta de 1998, Clemente había ganado un torneo celebrado el tercer sábado de mayo. En la agenda de la biblioteca, escrita con la letra minúscula de Héctor cuando era voluntario, figuraba otra cosa: aquel sábado Clemente había acompañado a un grupo de niños a una feria escolar fuera de la ciudad. Héctor recordaba el autobús. Él mismo había cargado las mesas plegables.

Podía tratarse de un error de fecha. Buscó la segunda copa. Después la tercera. Dos de las supuestas finales coincidían con excursiones y una con la reparación del techo del club, que obligó a cerrar el salón durante diez días.

Las planillas, sin embargo, parecían completas. En el encabezado aparecían los nombres de dos contrincantes; debajo, movimientos anotados a mano; al final, una firma y un resultado favorable a Clemente. Héctor extendió cinco sobre la mesa. Todas tenían el mismo tipo de papel y el mismo margen torcido. También olían al mismo polvo, como si hubieran pasado juntas la vida entera.

Llamó a Vera Salas, campeona regional retirada. A los quince años había sido alumna de Clemente y ahora vivía cerca del club. Llegó con un abrigo mojado y una pequeña lupa de lectura.

—¿Quieres que identifique la apertura? —preguntó.

—Quiero saber por qué el hombre que nos enseñó a desconfiar de las jugadas fáciles ganó siete torneos a los que no vino.

Vera no se rió. Leyó una de las planillas de arriba abajo. La primera línea registraba una apertura corriente: 1. e4 e5 2. Cf3 Cc6 3. Ab5 a6. Héctor conocía esa sucesión; el alfil blanco ataca al caballo de c6 y la respuesta negra le pide una decisión.

—La posición es posible —dijo Vera—. Pero esto no es una partida terminada.

En la casilla destinada a la cuarta jugada había un borrón circular, como una luna incompleta. A su lado otra mano había escrito «abandona negras» y marcado 1-0. Vera no miraba el resultado. Seguía el círculo con la uña.

—Cuando tenía nueve años sujetaba el lápiz de una manera horrible. Si no sabía qué jugar, dibujaba un aro. Clemente me hacía escribir «pendiente» en lugar de fingir una jugada. Esta es mi hoja de entrenamiento.

Héctor volvió a leer el encabezado. Donde ahora decía «Clemente Rivas contra Julio Mora», alguien había raspado el papel. A contraluz aparecía una V y, debajo, el comienzo de otro apellido.

—¿Y quién corrigió los nombres? —preguntó.

—Alguien que tuvo la hoja después de nosotros. Yo no fui.

Encontraron otro rastro en una partida atribuida a una final de 2001. Vera reconoció el apunte «revisar el final con calma» escrito de costado. Lo había dejado Clemente sobre sus ejercicios cuando ella quería rendirse. En la copia, la frase estaba cortada, pero aún se veía una esquina de la letra.

Los resultados falsos no repetían una sola jugada ilegal. Eran más engañosos: las jugadas iniciales podían haberse realizado, pero las partidas de entrenamiento nunca habían tenido contrincantes oficiales, rondas ni ganadores. Alguien había añadido encabezados, firmas imitadas y resultados que el club terminó exhibiendo como títulos.

Héctor llamó a la tienda que grababa los trofeos y pidió que suspendieran el encargo del octavo. Luego buscó el libro de actas de 1998. La sección de competiciones estaba en blanco; las fechas de las supuestas finales no aparecían en ninguna convocatoria. En cambio, había facturas de tableros para las clases gratuitas y listas de niños inscritos.

—Lo peor sería callarnos porque Clemente es querido —dijo Vera.

—Lo peor sería acusarlo sin saber si participó.

Pusieron una copia de las planillas ante él. Clemente las miró con paciencia, como si fueran un rompecabezas al que le faltaran piezas. Cuando vio el círculo de Vera, acercó la hoja a los ojos.

—Te costaba escoger entre retirar el alfil y cambiarlo —recordó—. Te quedabas veinte minutos mirando esa esquina del tablero.

—No jugué esa partida contra usted en un torneo —dijo Vera.

—No. La jugaste conmigo en el aula. Ni siquiera llegamos al final.

Clemente estaba sorprendido, pero no intentó borrar el resultado. Reconoció otros ejercicios y dijo que había entregado los cuadernos al archivo del club cuando cerraron la sala infantil. Nunca recibió las copas; las guardaba el club. Durante años creyó que los carteles de «campeón honorario» eran una broma afectuosa y no un registro de victorias.

La última persona que había administrado esos archivos era Ismael Ledo, tesorero jubilado. Héctor fue a su casa con Vera y el libro de actas. Ismael los recibió sin ofrecer café. Antes de que hablaran, miró las copias y dijo:

—Ya sé por qué han venido.

Explicó que, cuando faltaba dinero para mantener la sala infantil, había enviado una solicitud de apoyo a una empresa local. La convocatoria pedía resultados de competición y matrícula de alumnos. Temió que las horas de enseñanza gratuita no impresionaran a nadie. Escogió siete sesiones, alteró las planillas y las presentó como victorias de quien las había dirigido. El dinero llegó y permitió comprar tableros durante varios años.

—Después pude corregirlo —admitió—. Cada año lo dejaba para el siguiente. Al final hasta yo hablaba de esas copas como si las victorias hubieran sido reales.

—El dinero pagó clases reales —respondió Vera—. Eso no convierte las partidas inventadas en partidas jugadas.

—Tampoco sé quién perdió los reconocimientos que usted puso a nombre de otro —añadió Héctor.

Ismael bajó los ojos. Dijo que ayudaría a reconstruir los registros y aceptaría que su firma apareciera en una explicación pública. También entregó la carpeta original de ejercicios: la había conservado, encerrada en una caja. En ella estaba el aro que Vera dibujó de niña, la palabra «pendiente» y la anotación de Clemente: «Mira qué amenaza de verdad tu rival».

La tarde del sábado, la mesa de las copas seguía en el salón, pero las siete estaban acompañadas de una nota grande. Los resultados habían sido retirados del archivo oficial del club. La nota explicaba que se habían fabricado a partir de ejercicios y anunciaba una revisión de las ayudas económicas recibidas. No ocultaba el nombre de quien había alterado las planillas.

Héctor pensó que el homenaje sería incómodo. Lo fue al principio. Algunas personas se fueron; otras discutieron sobre los años transcurridos. Clemente pidió hablar solo después de escuchar las preguntas. Dijo que las copas nunca le habían importado y que lamentaba que se hubiera usado su nombre para engañar.

Vera colocó sobre la mesa una hoja con un círculo de tinta, protegida por un plástico transparente.

—Yo tenía nueve años —dijo—. No sabía decidir la cuarta jugada. Clemente no me dio una respuesta para copiar: se quedó conmigo hasta que entendí el tablero. Así empezaron mis clases aquí. Y así empezaron las de otros muchos.

En vez de entregar el octavo trofeo, el club abrió un registro nuevo: fotografías de las clases, testimonios con fecha, listas de asistentes y cuadernos de quienes habían aprendido allí. Un archivo menos brillante y bastante más verdadero.

Al recoger, Héctor encontró a Clemente junto a un tablero. Un niño había dejado un peón en el aire.

—¿Dónde lo pongo? —preguntó el pequeño.

Clemente no se lo indicó. Le hizo mirar primero las casillas que quedaban defendidas. Héctor regresó al armario con la última copa sin repartir. Comprendió que el club acababa de perder siete victorias que nunca tuvo, pero no había perdido aquello que merecía conservar.